

# Modos de ser

## ¿Y los periodistas en aquellas elecciones?

Ignacio Solares

Para Carmen Aristegui

Nadie como Gonzalo N. Santos para opinar sobre los sistemas electorales en México. En esas inefables *Memorias* nos ha dejado una minuciosa reseña de las dos campañas en que intervino como jefe de la represión: en una, para derrotar a Vasconcelos; en la otra, a Almazán. Su descaro nos ilustra. Los detalles que narra —ameztrallar a los almanistas, por ejemplo, o limpiar la sangre a manguerazos, antes de que llegara el presidente a la casilla a votar— dan una imagen que puede más que cualquier análisis histórico.

“Unos días antes de que se celebraran las elecciones presidenciales insistí con el general Ávila Camacho en que organizáramos varios grupos de choque bien armados y escogidos [...] Podemos reunir a unos quinientos golpeadores de la mejor estirpe y en la víspera de las elecciones asaltar los comités almanistas, tirotearlos y con ello infundirles miedo, le dije”.

A las siete de la mañana del siete de julio, Gonzalo ya había asesinado impunemente a un almanista en un tiroteo. Con su brigada de más de quinientos “golpeadores” asaltó las casillas a punta de balazos. La gente acudía a votar en grandes cantidades y lo hacía en su mayoría a favor de Almazán y los candidatos del PRUN, pero los “golpeadores” conseguían su propósito, para el que habían sido contratados: hacían huir a los votantes y representantes de las casillas; tumbaban las mesas, rompían las urnas y amagaban pistola en mano. El presidente Cárdenas, nos cuenta Gonzalo, acompañado por el subsecretario de Gobernación, daba vueltas en su coche para ver la votación y en cierto momento constató que la casilla donde debía votar estaba bien custodiada por los almanistas. Por teléfono, el subsecretario

de Gobernación urgió a las brigadas de Gonzalo a que intervinieran para que el presidente pudiese votar en condiciones adecuadas...

¿Cuáles eran esas condiciones adecuadas para que el señor presidente pudiese votar? Gonzalo nos lo cuenta sin pelos en la lengua, algo ejemplar y digno de agradecer en un político de su estirpe.

Desde varias cuadras alrededor de la casilla había tiradores almanistas en las azoteas y a todos ellos tuvieron que abatirlos Gonzalo y sus huestes con las ameztralladoras Thompson con que se abrían paso. “¡Ábranla que ya llegó el huevos de



Gonzalo N. Santos

oro a poner orden, hijos de la chingada!”, gritaba. “Córranle porque al que se detenga lo cazamos como venado”. Poco después, dice, “arribaron los bomberos y a manguerazos de alta presión limpiaron las manchas de sangre que había por todas partes y la Cruz Roja se abrió paso para levantar cadáveres y heridos. Se arregló la casilla, se puso una urna nueva y así pudo votar, decentemente, el señor Presidente”.

—¡Qué limpia está la calle! —dice Gonzalo que le comentó Cárdenas.

Y la respuesta de Gonzalo es antológica, digna por sí sola de formar parte de la supuesta historia de la democracia en México.

—Donde vota el señor Presidente de la República no debe haber desperdicios ni basurero —contestó sonriente Gonzalo.

(Por supuesto, falta que todo esto sea cierto. Pero con que una mínima parte de lo que cuenta fuera cierta, cuánto nos ilustra, decíamos, sobre la época. Y, sin remedio, uno se pregunta: ¿dónde estaba la prensa de aquel entonces ante estos hechos?).

Y aun cuenta Gonzalo que apenas se hubo marchado el presidente, “ordené a los improvisados miembros de la casilla que pusieran una nueva ánfora de votos, pues iba a ser inexplicable que en la urna sólo hubiera dos votos, el del propio presidente y el del subsecretario de Gobernación [...] Les dije a los escrutadores: ¡rápido, a vaciar el padrón y a rellenar el cajoncito, y no discriminen a los muertos, pues todos son ciudadanos mexicanos y tienen derecho a votar!”.

Es cierto —y en esto Gonzalo hasta tiene algo de filósofo y de profeta—: hoy más que nunca, los mexicanos reprimidos y asesinados tienen derecho a votar en nuestras elecciones. **U**